

EL JOVEN, EL GURÚ Y EL PÁJARO

INVITACIÓN A LA LIBERTAD

Josep F. Mària i Serrano, sj.

1. INTRODUCCIÓN	3
2. ORÍGENES DE LA LIBERTAD. SOCIALIZACIÓN E INTERIORIDAD	6
3. CONSTITUCIÓN DE LA LIBERTAD: PERSONA Y DESEO	13
4. LA PROYECCIÓN DE LA LIBERTAD: DECISIÓN Y DIVINIDAD	22
5. CONCLUSIÓN	30

Josep F. Mària i Serrano es licenciado en Teología y doctor en Economía por la Universidad de Barcelona; profesor en ESADE y miembro de Cristianisme i Justícia.

Con la colaboración de:



**Diputació
Barcelona**
xarxa de municipis

INTERNET: www.fespinal.com • Dibujo de la portada: Roger Torres Aguiló • Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • R. de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • tel: 93 317 23 38 • fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas, S.L. • ISSN: 0214-6509 • ISBN: 84-9730-220-6 • Depósito legal: x-xx.xxx-xx. Julio 2009.

La Fundació Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona.

1. INTRODUCCIÓN

La corrupción es como los elefantes: difícil de describir pero fácil de reconocer.
VITO TANZI

Hay realidades en el mundo que son difíciles de describir; pero que se reconocen fácilmente. Tanzi afirma que la corrupción forma parte de estas realidades.

En el Cuaderno que iniciamos, nuestra pretensión es que, al igual que la corrupción, la libertad se parece a los elefantes. La libertad es difícil de describir –no se puede hablar de ella... al menos con precisión– pero se puede reconocer con facilidad: cuando constatamos que alguien utiliza su libertad, se despierta en nuestro interior un no sé qué que nos la hace reconocer y que nos invita a utilizar la nuestra.

En este sentido, la dificultad de definir la libertad es común con la dificultad de definir la realidad de Dios.

De hecho, Xavier Melloni compara a Dios con un elefante y a los hombres con un grupo de ciegos que intentan hablar del elefante... aunque cada uno de ellos sólo toca una parte del animal: la cola, la trompa, las patas, el vientre...¹

Esta dificultad nos lleva a aproximarnos a la realidad compleja de la libertad desde diversas perspectivas, que responden a diferentes experiencias de gente que ha empleado su libertad. Todas ellas, sin embargo, quedan conectadas a través de un cuento: de la situación que propone, de los personajes que aparecen en el mismo y de las relaciones que se establecen entre ellos.

1.1. El cuento²

Hace mucho tiempo, en la India, un joven se aproximó a un grupo de gente que estaba escuchando las enseñanzas de un gurú muy famoso. El joven llevaba un pájaro vivo entre sus manos y dijo al gurú:

– Hombre sabio, tú que lo sabes todo, dime: el pájaro que tengo en las manos, ¿está vivo o muerto?

El joven pensaba hacia sus adentros: «Si dice que está muerto, abriré las manos y mostraré delante de todo el mundo que el gurú se ha equivocado. Y si dice que está vivo, lo aplastaré y abriré las manos para mostrar también que se ha equivocado».

El gurú hizo un silencio y respondió:

– Busca en tu interior. El pájaro está como tú deseas que esté.

1.2. Dos sabidurías

No se puede resolver ningún problema desde el mismo nivel de conciencia que lo creó.

ALBERT EINSTEIN

En el cuento se presentan dos conceptos diferentes de sabiduría. Para el joven, “ser sabio” es tener muchos datos sobre cómo son las cosas: sobre si el pájaro está vivo o muerto, etc. Bajo este concepto de sabiduría, él cree tener la partida ganada al gurú: tiene la sartén por el mango o el pájaro entre las manos. Pero es que detrás de este concepto de sabiduría, el joven está escondiendo una ambición: un desafío lanzado al gurú. En el fondo, el joven cree que la vida consiste en ganar “pulsos de conocimientos” a los gurús... aplastando a los pájaros si es necesario.

El concepto de sabiduría del gurú es diferente. Los gurús acostumbran a utilizar historias o relatos para remitir a sus oyentes a otra mirada sobre el mundo, a otra forma de sabiduría. Y el camino de acceso a esta otra sabiduría pasa por plantear las contradicciones que aparecen cuando tenemos una mirada estrecha sobre la realidad: como la mirada que tiene el joven, obsesionado por el desafío. Porque –en términos de la cita de Einstein– el joven presenta al gurú un problema desde un determinado nivel de conciencia; y el gurú le responde invitándolo a resolver este problema desde otro nivel de conciencia. En efecto, con su respuesta el gurú parece estar diciendo: «La verdadera sabiduría la tienes que encontrar en tu interior; y te tiene que llevar a considerar qué quieres hacer en la vida, a dónde quieres que te lleve este deseo de ir más allá que te ha traído hasta mí, que te ha llevado a querer desafiarme».

El gurú está invitando al joven a hacer que su felicidad no dependa de los demás. El joven no tiene que depender del gurú (ni de ningún otro gurú) para actuar. Porque el desafío del joven es sólo libertad aparente: se afirma por contraposición, situando su felicidad fuera de él mismo; y acabará actuando en dependencia de la respuesta del gurú.

1.3. ¿Por qué un cuento?

Los cuentos no están hechos para dormir a los niños sino para despertar a los adultos.

PROVERBIO HEBREO

Hay determinados conceptos, vinculados a realidades complejas, que no tienen una única definición. Libertad,

Dios, persona, espíritu, amor, conocimiento, mal, belleza, justicia, bondad... son conceptos que han sido vividos y explicados desde puntos de vista diferentes que impiden la reducción a una sola definición. En particular, las ciencias no pueden definirlos ni comprenderlos por completo. Lo que sí permiten estas realidades es determinar aquello que G. Lakoff denomina «un significado nuclear» (*a core meaning*) en torno al cual se desarrollan diferencias y al cual se accede por diversas vías. En el caso de la libertad, en concreto, afirma: «La libertad es aquello que los científicos cognitivos denominan un “concepto esencialmente contestado”, lo que significa que siempre habrán versiones diferentes de la libertad que son inconsistentes las unas con las otras. No existe un significado de la libertad único, universal y objetivamente “correcto”. Existe un único, incontestable pero limitado significado nuclear de la libertad en el que estamos de acuerdo. Pero este es el límite del consenso»³.

En el caso de la libertad, los caminos de acceso al “significado nuclear” no son razonamientos lógicos: son senderos desbrozados –¡hay resistencias!– por gente de carne y hueso que ha ejercido la libertad en decisiones concretas. Es así como, para aproximarse a la libertad, la razón se aclara interpretando narraciones: dice qué es la libertad narrando historias de gente que ha actuado libremente e intentando reflexionar

sobre estas narraciones⁴. Unas narraciones que, como los cuentos, no han sido creadas –sólo– para dormir a los niños sino –también– para despertar a los adultos en cuestiones fundamentales que quizás hayan olvidado.

1.4. Invitación a la libertad

Aceptamos, pues, el desafío del joven y la respuesta del gurú como punto de partida para nuestra aproximación-invitación a la libertad. Sin embargo, este cuento será interpretado a partir de las diversas ciencias humanas: principalmente la sociología, la psicología, la espiritualidad, la antropología, la ética, el estudio de las religiones y la teología.

A lo largo de los apartados siguientes, la libertad irá apareciendo como una exigencia profunda de la persona que la conduce a:

a) Separarse de las personas o de las fuerzas que le dictan qué tiene que hacer.

b) Buscar en su interior para ver qué desea su corazón.

c) Aceptar el propio cuerpo y la propia mente como limitaciones y a la vez como condiciones de posibilidad para realizar su deseo.

d) Decidir qué quiere hacer con el pájaro que tiene entre sus manos. Un pájaro que simboliza su propia vida o tantas otras vidas –animales o humanas– que dependerán de lo que él decida.

2. ORÍGENES DE LA LIBERTAD. SOCIALIZACIÓN E INTERIORIDAD

En este capítulo trataremos dos aspectos vinculados con el origen de la libertad y de la persona. El primero se refiere a la inclusión del individuo acabado de nacer en la sociedad, por medio del proceso de socialización; el segundo, a la llamada a entrar en el interior de cada uno para acoger la vida interior resultado de la propia historia, como paso previo a la proyección de la libertad en la acción.

1. EL DESAFÍO DEL JOVEN: LIBERTAD Y SOCIALIZACIÓN

1.1. Socialización

¿Por qué el joven se ha plantado delante del gurú para desafiarlo? En primer lugar, la sociología nos ayudará a comprender los mecanismos a los que se somete cualquier persona que nace y crece en el seno de un grupo humano. Después la psicología nos dará pistas para analizar la crisis de la juventud como momento clave para la emergencia de la actitud desafiante.

El proceso mediante el cual un niño nacido en un determinado grupo social pasa a formar parte activa del mismo, asumiendo básicamente sus valores y sus formas de vida, se denomina socialización⁵. La socialización se realiza a través de una serie de mecanismos que el grupo “aplica” sobre el niño o la niña que está viviendo en su seno, para colocarlos en algún lugar del mapa social y conseguir así que reproduzcan la forma de vivir de la sociedad.

Peter Berger destaca dos mecanismos significativos de socialización: el control social y el rol social.

a) El control social

El control social se refiere a los «diferentes medios de que dispone una sociedad para mantener a raya a sus miembros recalcitrantes. Ninguna sociedad puede existir sin un control social. Incluso un grupo reducido de personas que se reúnen sólo ocasionalmente tendrá que desarrollar sus mecanismos de control a fin de que el grupo no se disperse en poco tiempo»⁶.

Los medios de control social son diferentes según el grupo de referencia que tomemos. De manera que podemos representar a cada individuo como situado en el centro de un conjunto de círculos concéntricos, cada uno de los cuales representa un sistema de control social: en el círculo exterior está el sistema legal y político, que nos obliga a obedecer las leyes bajo pena de multa, prisión de diversa duración... y, en ocasiones, de pena de muerte. En un segundo círculo más interior se encuentra el sistema de la moral, las costumbres y la buena educación. En general, los medios de control en este círculo son perder el trabajo, quedar marcado para que no te contraten más o incluso ser considerado un enfermo mental. El último círculo es el de la vida privada: la familia y los amigos personales. En este caso las conductas “desviadas” reciben el reconocimiento negativo de la desaprobación, el ridículo o el menosprecio. Estas son sanciones aparentemente menos coactivas que enviarte al paro o a prisión, pero pueden tener un peso psi-

cológico mayor porque provienen de personas más significativas para el individuo⁷.

En síntesis, el control social puede hacer que el individuo se sienta prisionero de la sociedad.

b) El rol social

... O tal vez no. Quizás uno no se siente tan prisionero. Porque los procesos de socialización no contienen sólo procedimientos de coacción, sino también procedimientos de convicción. En efecto, la teoría del rol —o papel— social concibe la sociedad como una entidad que entra dentro del individuo para convencerlo cordialmente de actuar de una determinada manera.

La imagen con la que juega esta teoría es la del teatro: el rol es la respuesta que cada uno da de forma prefijada a una situación social, de la misma manera que un actor interpreta un determinado papel en una representación teatral⁸. Al final, el papel que representamos (porque la sociedad nos lo ha dado) acaba marcando profundamente aquello que somos porque a fuerza de representarlo acabamos incorporándolo en nuestra identidad.

Como afirma Berguer: «El profesor que pone en escena un acto que finge sabiduría llega a sentirse sabio. El predicador llega a creer en lo que predica. El soldado descubre sentimientos marciales en su interior cuando se pone el uniforme. En todo caso, aunque la emoción o actitud hayan estado presentes antes de asumir el papel, inevitablemente éste último fortalece el sentimiento que ya existía desde antes»⁹.

Así pues, tenemos a nuestro joven creciendo en un grup humano en el cual ha sido cercado, enrolado. Y quizás acabar sintiéndose “como en casa” en la prisión de la sociedad. Porque todos estos mecanismos le han concedido una identidad: «yo soy y puedo esperar ser en el futuro de esta manera».

Esta identidad no es demasiado consciente en la infancia, porque en virtud de los mecanismos de socialización, el niño se siente como pez en el agua.

1.2. Ritos de paso y desafío

El paso a la edad adulta consiste –en muchas sociedades– en el hecho de que la comunidad de los adultos explicita a los jóvenes de una cierta generación los valores y la identidad en la que han sido socializados, para que los asuman conscientemente y se conviertan en sus defensores-reproductores. Los “ritos de paso” consisten en una serie de pruebas y ceremonias que convierten a aquellos que las sufren en miembros de pleno derecho del grupo, y refuerzan la adhesión a los valores grupales de grandes y pequeños. ¡Los ritos de paso son también mecanismos de control social!

Aun así, en este paso a la edad adulta –un paso que debe ser reflexionado para darlo– emerge concretamente en el espíritu de los jóvenes una posibilidad: no aceptar los valores, rechazar el hacer aquello que la sociedad o la familia esperan de ellos. Esta posibilidad emerge porque en su interior hay una fuerza que de alguna manera “se queja” del estilo de vida que la sociedad le está imponiendo.

Y es que la socialización no coincide con la humanización de las personas (una felicidad que sólo uno mismo puede buscar) o con la humanización de las sociedades (una justicia que nunca es completa después de estos procesos sociales). Por lo tanto, quizás nuestro joven en tránsito hacia la edad adulta ya no se siente como pez en el agua, sino como un preso entre rejas. Y así empezamos a explicar la actitud de desafío del joven protagonista de nuestro cuento.

Queremos notar que esta posibilidad de rechazar los valores y la identidad que se han transmitido es más clara en sociedades en las que diversos grupos sociales tienen la posibilidad real de desarrollar valores e identidades diferentes.

En efecto, la posibilidad de adscripción a diversos estilos de vida adulta permite al joven poner distancia respecto a los valores y la identidad que le han transmitido la familia o el grupo social de la infancia. La ironía propia de los adolescentes y su vinculación con grupos alternativos son manifestaciones de la distancia que están tomando. Ahora empiezan a sentirse como en una prisión... ¡y para salir de ella hay que identificar a un carcelero para eliminarlo!

En este sentido, la psicología occidental teoriza el acto de afirmación de la individualidad de la persona en tránsito hacia la edad adulta como una acción de “matar al padre”. El joven se afirma negando la autoridad y los estilos de vida de aquellos que hasta ahora se le han impuesto. No hace falta decir que esta conducta es un deporte de ries-

go. Determinados grupos alternativos pueden tener una influencia destructiva en el joven, de manera que su salida de la prisión le deje heridas o lo encierre en otras prisiones: adicciones, sectas, etc.

1.3. Evolución del desafío

¿En qué se parecen el pecho de la madre y un coche eléctrico? En que ambos están hechos para el hijo, pero con los dos acaba jugando el padre.

CHISTE ANÓNIMO

Este chiste nos sirve para ilustrar la evolución de la relación entre el niño, su madre y su padre. A medida que el niño crece, su competencia con el padre en relación con la madre (o el pecho de la madre), se traslada de hecho a otros objetos por los cuales el hijo y el padre compiten: en el caso del chiste, al coche eléctrico. Al final, ya no se trata de obtener o no el objeto, sino de medirse con el padre, de desafiarlo... con la excusa de cualquier objeto o persona.

Si interpretamos nuestro cuento bajo esta clave, resulta que el pájaro es este objeto que constituye la excusa del joven para medirse con el gurú. En esta situación, el gurú sabe que si contesta al joven «El pájaro está muerto», entonces salvará la vida de aquel pájaro. Pero no salvará la de los otros pájaros que el joven atraparé para seguir desafiando gurús. Tampoco salvará la vida del joven,

que seguirá atrapada en el deseo infinito de desafiar gurús, aplastando pájaros si es necesario. Sólo puede invitar al joven a entrar en sí mismo y ser consciente de su libertad.

Porque hay formas de “cuestionar al padre” que no constituyen un desafío directo (decirle que no para afirmar mi individualidad, o libertad negativa), sino que comportan la tarea de reconocer en positivo aquello que quiero hacer de mi vida (construir el propio proyecto, o libertad afirmativa). En la tradición occidental, por ejemplo, el cristianismo invita a la emergencia de la individualidad como separación respecto a instituciones socializadoras como la familia (libertad negativa); y adhesión fundamental a un proyecto de vida mostrado por Jesús... que significativamente denomina a Dios “Padre” (libertad positiva) (Lc 2,41-50).

También la tradición filosófica tiene un momento de exaltación de la libertad individual en la Ilustración, en la que Immanuel Kant declara solemnemente que los individuos no son niños: que, mediante el uso de la razón, pueden convertirse en mayores de edad, sujetos de decisiones libres en tanto que guiadas por su propia razón¹⁰.

Superado, pues, el obstáculo del desafío, es el momento de hacer caso de la sabiduría del gurú y «buscar en mi interior».

2.1. Una historia real: ¿militar o poeta?

Los poetas son los legisladores
no reconocidos del mundo.

PERCY SHELLEY

El gurú ha experimentado una libertad que no es desafío. Él cree que, para desarrollar la propia libertad, hay que dejar de escuchar voces que vienen de fuera.

Y es que muchas voces nos dicen lo que tenemos que hacer con nuestra vida o con los pájaros que tenemos entre manos. La espiritualidad nos puede dar pistas sobre qué es la interioridad, y la pedagogía sobre cómo educar en la práctica de esta interioridad.

A principios de siglo xx, un joven estudiante de una academia militar, Franz Xaver Kappus, escribió al poeta Rainer Maria Rilke pidiéndole opinión sobre sus poemas. Kappus tenía una duda sobre su futuro: no sabía si tenía que ser militar o poeta. Este joven nos recuerda al joven de nuestro cuento. Porque también Kappus tenía una pregunta y quería que un gurú se la respondiera. Sin embargo, Kappus no se acercaba a Rilke con un pájaro entre las manos, sino con los poemas que él mismo había escrito... ¡y con su futuro profesional empaquetado dentro de los poemas! El poeta consagrado responde al joven inquieto en una carta firmada desde París el 17 de febrero de 1903: «Pregunta usted si sus versos son buenos. Me lo pregunta a mí. Antes ha preguntado a otros. Los envía usted a re-

vistas. Los compara con otros poemas y se intranquiliza cuando ciertas redacciones rechazan sus intentos. Ahora bien (puesto que usted me ha permitido aconsejarle), le ruego que abandone todo eso. Mira usted hacia fuera, y eso, sobre todo, no debería hacerlo ahora. Nadie puede aconsejarle ni ayudarle, nadie. Hay sólo un único medio. Entre en usted. Examine ese fundamento que usted llama escribir; ponga a prueba si extiende sus raíces hasta el lugar más profundo de su corazón; reconozca si se moriría usted si se le privara de escribir. Esto, sobre todo: pregúntese en la hora más silenciosa de su noche: ¿debo escribir? Excave en sí mismo, en busca de una respuesta profunda. Y si ésta hubiera de ser de asentimiento, si hubiera usted de enfrentarse a esta grave pregunta con un enérgico y sencillo “debo”, entonces construya su vida según esa necesidad: su vida, entrando hasta su hora más indiferente y pequeña, debe ser un signo y un testimonio de este impulso»¹¹.

Rilke está afirmando que buscar en el interior de uno mismo es condición para descubrir de manera serena y duradera hacia dónde dirigir la propia vida. Si busca dentro suyo, el joven encontrará una fuerza que él denomina «necesidad» (*die Notwendigkeit*) e «impulso» (*der Drang*). Esta fuerza convive en el interior de la persona con otras fuerzas. Según el poeta, la persona tiene que conectar con ella porque sólo en ella se pueden fundamentar opciones a largo

plazo, duraderas y creativas. Las otras fuerzas conducen al desafío, a la destrucción y a la muerte; en cambio, la necesidad o el impulso rilkeanos conducen a amar y a construir la vida: la vida personal... y también la vida colectiva, si creemos a Percy Shelley, quien afirma que los poetas son los «legisladores no reconocidos del mundo».

Por otro lado, reconocer la existencia de esta necesidad-impulso no significa anular la libertad. Porque la conciencia establece con esta fuerza una relación que se despliega en tres momentos, según el texto de Rilke. El primer momento es el coraje de entrar en uno mismo («entre en usted»); el segundo momento es el trabajo de descubrir o clarificar los deseos profundos del corazón («examine», «ponga a prueba», «reconozca», «pregúntese», «excave en usted mismo»...) “buscando” estos deseos profundos entre las diversas fuerzas que habitan en esta conciencia («Busca en tu interior»); y el tercer momento consiste en tomar las decisiones para ponerse por completo en la realización de estos deseos («construya su vida», «entrando hasta su hora más indiferente y pequeña», «ser signo y testimonio»...). En los tres momentos, la conciencia humana tiene la iniciativa (entrar, buscar, decidir) y por tanto actúa libremente.

2.2. La interioridad

Más allá de la historia de Kappus y Rilke, nos podemos preguntar, de manera más sistemática, ¿qué es la interioridad? La espiritualidad nos asiste: «Entiendo la interioridad en un doble

sentido. Por una parte, la capacidad de conectar con el mundo interior de la propia persona: la capacidad de observar los movimientos interiores, de escuchar palabras y ruidos internos, de discernir o separar sentimientos y juicios, de sentir correctamente los deseos y su fuerza, etc... Pero también, por otra parte, entiendo por interioridad la capacidad de relacionarse con lo exterior desde dentro de uno mismo, no meramente desde las capas más superficiales de la persona; y ahí se incluyen cosas como la capacidad de conectar íntimamente, de captar signos, de interpretar gestos, etc.»¹².

Así pues, la interioridad es la capacidad de reconocer y juzgar desde uno mismo los sentimientos interiores y las situaciones exteriores que uno está viviendo. La interioridad así comprendida no desconecta al individuo de las situaciones en las que se encuentra inmerso, sino que profundiza la percepción de estas situaciones: se vuelve capaz de comprender cómo afecta cada situación concreta a su vida, y a la vida de los demás y del mundo que en aquel momento le rodean.

En este sentido, parece que el gurú del cuento se encuentra en armonía interior: es decir, conectado profundamente con el pájaro, con los sentimientos del propio joven que lo desafía y con el público que los escucha. Esta armonía lo hace capaz de dar una palabra de orientación para las vidas del joven y de la gente, poniendo a su vez las bases para la liberación del pájaro. En efecto, el gurú se sitúa en “la interioridad”, desde la cual da una solución diferente de la que propone el joven. Y la solución con-

siste justamente en invitar al joven a acceder a esta interioridad para que él mismo alcance la armonía interior y decida qué tiene que hacer con el pájaro.

Pero esta interioridad necesita un cultivo y una educación.

2.3. Educación en la interioridad

Haz las cosas que te salgan del corazón. Así no estarás insatisfecho, no tendrás envidia, no desearás las cosas de otros.

MITCH ALBOM

Hay formas diferentes de educar o de socializar a los niños. Los mismos círculos de control social que describíamos en el apartado anterior pueden dar más o menos margen para la libertad del niño: dándole más o menos autonomía de decisión, invitándolo más o menos a la vida interior que le permitirá ejercer su libertad.

Proponemos ahora brevemente algunas pistas para la educación en la interioridad –en la libertad– en el círculo de control social de la familia y la escuela. En estos ámbitos, la finalidad de la educación en la interioridad es conseguir que las personas «hagan lo que les salga del corazón» para encontrar la satisfacción en ellas mismas y no en compararse y envidiar a los demás, en expresiones de Mitch Albom.

En la familia y en la escuela, educar en la interioridad es conseguir que el niño vaya abriendo este ámbito personal en el que puede reconocer en cada situación los propios sentimientos y los sentimientos de los demás.

La interioridad se desvela valorando los dones particulares que tiene un niño concreto... dones o habilidades que lo

hacen único. Sentirse reconocido por otros (padres o educadores) e invitado a actuar es la base para reconocerse uno mismo: para entrar en su interior y actuar desde dentro.

A veces, los niños actúan sin suficiente conciencia de los sentimientos de los demás; y se generan situaciones de conflicto. Aquí la corrección de los educadores puede resultar paradójicamente una ocasión para el cultivo de la interioridad. Apartar al niño del grupo y dirigirse a él individualmente es el primer gesto físico. Un segundo gesto puede ser intentar que se ponga en la piel del otro al cual ha hecho daño: «¿A ti te gustaría que te hagan esto que tú has hecho a esta niña?». Un tercer aspecto importante consiste en hacer confianza en el niño para que actúe de manera diferente. «Esto que has hecho está mal hecho, pero tú puedes hacerlo bien hecho, puedes hacer bien a los demás en vez de hacerles daño». Las correcciones con expresiones tales como «eres malo», «eres rencorosa», «eres envidioso» bloquean la capacidad del niño de actuar de otra manera, congelan su libertad.

Otros hábitos que van construyendo la interioridad del niño son: leer, rezar, escribir (cartas a amigos, un diario personal), ver y comentar una buena película o analizar con padres o educadores los sentimientos que ha suscitado en cada uno de ellos una situación importante compartida. Compartir sentimientos o percepciones individuales es quizá más difícil que hablar de ideas o imponer el criterio del adulto. Pero sólo compartiendo los sentimientos el niño reconoce los suyos y los de los demás, y cultiva así su interioridad.

3. CONSTITUCIÓN DE LA LIBERTAD: PERSONA Y DESEO

En este capítulo profundizamos en la constitución de la persona desde dos puntos de vista: el que la comprende como un “compuesto” de cuerpo y espíritu; y el que se la mira desde el punto de vista de su capacidad de deseo.

1. EL JOVEN COMO PÁJARO. LIBERTAD Y PERSONA

Tal y como afirmábamos más arriba, el pájaro es para el joven una excusa para medirse a sí mismo con el gurú. De hecho, el gurú está diciendo al joven: «Tu vida está como tú desees que esté». Pero, ¿es verdad que mi vida está completamente en mis manos? ¿No experimento que mi cuerpo y mi psicología me condicionan de una manera muy importante? Las preguntas que emergen, pues, son: ¿Qué hay de mi persona que, en el fondo, esté en mis manos? Mi cuerpo y

mi mente ¿anulan mi libertad? La antropología nos ayuda a contestarlas.

De hecho, corren por el mundo muchas visiones diferentes sobre qué es una persona. Tenemos la popular definición de persona como «animal racional», que viene a decir que tenemos una parte compartida con los animales... pero “coronada” por la razón: cosa dudosa, porque las personas hacemos muchas cosas irracionales. Por otro lado, las películas de ciencia ficción presen-

tan a la persona como un robot sofisticado, una máquina que un día la ciencia podrá replicar; concretamente en *Blade Runner* (1982), de Ridley Scott, los robots se parecen tanto a las personas que se denominan “replicantes” y tienen no sólo racionalidad, sino también sentimientos... En cualquier caso, aquí buscamos una aproximación científica o racional a aquello que es una persona. Y por lo tanto, para poder comprender qué es la persona y hasta qué punto es libre, tenemos que remitirnos a la antropología.

1.1 Entre monismos y dualismo

Las principales corrientes antropológicas se pueden separar en tres posiciones: monistas materialistas, monistas espiritualistas y dualistas¹³.

El monismo postula que la persona tiene un único principio. El monismo materialista reduce el espíritu al cuerpo y explica la persona sólo a partir de la materia: afirma que las funciones mentales propias de la persona se explican exclusivamente a través del cerebro humano. El monismo espiritualista reduce el cuerpo al espíritu: afirma que la persona es espíritu y el cuerpo no es nada sustancial en ella. El dualismo rechaza las dos reducciones, pero tiende a acen- tuar la separación o dualidad entre cuerpo y espíritu.

Siguiendo al antropólogo J.L. Ruiz de la Peña, nosotros proponemos una vía intermedia entre monismos y dualismo que afirma a la vez la diferencia entre cuerpo y espíritu, y la unicidad de la persona como resultado de la íntima unión entre ambas realidades. En esta

vía intermedia, la unión entre cuerpo y espíritu no permite al espíritu afirmar «Tengo un cuerpo». Más bien, la persona puede afirmar «Soy persona en cuerpo y espíritu».

En palabras de Ruiz de la Peña: «El hombre no es ni sólo cuerpo ni sólo alma. No es tampoco cuerpo más alma, a la manera de dos entidades completas y meramente adosadas. Es todo entero y a la vez una cosa y la otra, alma y cuerpo. Pero el alma y el cuerpo no son idénticos entre sí»¹⁴; y también: «El hombre entero es, en definitiva, alma y, a la vez, cuerpo... Es alma en tanto que esta totalidad una está dotada de una interioridad, densidad y profundidad tales que no se agotan en la superficialidad del hecho físico-biológico. Es cuerpo en tanto que esta interioridad se hace visible, se comunica y se autoelabora históricamente en el tiempo y en el espacio»¹⁵. La persona, pues, es una unidad compleja de cuerpo y espíritu. El espíritu supone la dimensión interior, más hacia dentro que el cuerpo; el cuerpo supone la dimensión exterior que condiciona a la persona pero que a la vez le permite la comunicación y la autoelaboración (la iniciativa, la libertad) en el tiempo y el espacio.

1.2. Entre el cuerpo y el espíritu

a) *Soy un cuerpo*

Uno de los problemas que la corriente dualista puede inducir es la consideración de que el espíritu humano se encuentra tan separado del cuerpo –tan poco influido por el cuerpo– que puede controlarlo: como si el espíritu fuese el timonel de la nave que es el cuerpo, y

podiera conducir este cuerpo allá donde el espíritu quisiera.

Sin embargo, hay fenómenos que muestran que no controlamos el propio cuerpo: por ejemplo, las adicciones. Determinadas personas en un grado elevado y muy destructivo –y toda persona en un grado menor y menos destructivo– sentimos que no podemos dejar de hacer determinadas cosas, a pesar de que el espíritu nos diga claramente que no las tenemos que hacer: por ejemplo, beber alcohol, fumar, tomar drogas, conectarse a internet, etc.

Y justamente uno de los principales impedimentos para superar una adicción es el engaño de creer que mi espíritu «controla el cuerpo y la mente»: la persona adicta en ocasiones cree que puede dejar la adicción «cuando quiera». Reconocer que es adicta –prisionera– es un primer paso, en ocasiones difícil de hacer.

De hecho, cuando afirmamos «Soy un cuerpo» (y no «Tengo un cuerpo») estamos diciendo que toda la persona está inmersa en el tiempo y en el espacio... a través de su cuerpo. Y que no soy absolutamente libre respecto a mi cuerpo: porque me viene dado de nacimiento; porque tiene necesidades que urgen su satisfacción; porque se somete a adicciones que me hacen esclavo; porque se pone enfermo, envejece y se muere.

Pero mi cuerpo está abierto a un más allá de sí mismo. Esta abertura es posible porque el cerebro humano tiene la característica de la “plasticidad”: capacidad para autoprogramarse y autoorganizarse, debido al hecho de que la conectividad intercelular cerebral es variable: no está fijada por anticipado y

por siempre¹⁶. Las neuronas no se conectan unívocamente las unas con las otras: las conexiones entre dendritas se pueden modificar (reconectar) en diversos momentos del tiempo. Y estos cambios de conexiones neuronales constituyen la base biológica para entender que hay respuestas humanas no unívocas a determinados estímulos. Por otro lado, sólo la actividad electrónica del sistema nervioso o del cerebro no puede explicar ni el hecho de la consciencia humana (el espíritu), ni su actividad, la intencionalidad o capacidad de conferir sentido y actuar sobre la realidad percibida.

b) Soy un espíritu

El hecho de la consciencia humana es, en otros términos, el espíritu. El espíritu –o la consciencia– tiene capacidad de distinguir entre dos ámbitos: el de la realidad “exterior” y el del “sujeto” que percibe esta realidad como separada de él mismo. La actividad de esta consciencia es la intencionalidad o capacidad de conferir sentido a la realidad exterior y actuar sobre ella. Las “cosas exteriores” son “ob-jetos”: etimológicamente, “lanzados adelante”. Y aquel que se separa de las cosas exteriores, les atribuye sentido y actúa sobre ellas es el “su-jeto”: etimológicamente, “lanzado debajo”.

Pero esta consciencia humana o espíritu es capaz de percibir fuera de sí mismo, no tan sólo los objetos, sino también el cuerpo al cual está íntimamente ligado. Y, en concreto, puede distanciarse de sus estados mentales. En este sentido, un alcohólico está prisionero de una adicción que le genera con-

ductas (tener que beber) y estados mentales (al límite, delirios) aparentemente incontrolables. Pero le queda siempre la distancia, la queja, la rebelión que lo puede conducir a reconocer la adicción, como primer paso para intentar superarla.

Así, el espíritu –unido íntimamente al cuerpo– es capacidad de mover a la persona y mover las cosas dándoles sentido. De hecho, “espíritu” en griego es “*pneuma*” y en hebreo “*ruah*”, que quiere decir en ambas lenguas “viento”. El viento no se ve ni se prevé, pero mueve: el espíritu es invisible e imprevisible... pero moviliza. Del espíritu brota la constatación de mi situación en el mundo, de mi capacidad de moverme y de mi capacidad de mover la realidad “exterior”: del espíritu brota la iniciativa libre, la libertad.

1.3. Persona, comparación y aceptación

Habiéndonos aproximado a la compleja unidad de cuerpo y espíritu que es la persona, es el momento de preguntarnos: ¿Qué hay de mi persona que, en el fondo, esté en mis manos?

En primer lugar, creemos que el joven que toma conciencia de que “su vida está en sus manos”, tendría que tomarse seriamente que “soy un cuerpo”. La conciencia puede incluir darse cuenta de la unidad profunda del cuerpo y el espíritu. Y esta unidad es, por un lado, una limitación. Tengo una libertad condicionada porque el cuerpo limita mis planes: no puedo volar; tengo que dormir; no puedo beber demasiado alcohol; tengo que practicar deporte; tengo que

alimentarme de una manera sana y equilibrada; quizás tenga que asumir que tengo una enfermedad crónica o que me pondré enfermo, y tengo que aceptar que antes o después envejeceré y moriré.

En este proceso de tomar conciencia de mis limitaciones, existe la tentación de huir de uno mismo: «Yo no quiero ser como soy, yo puedo no ser como soy». Y en el rechazo a mirarme puedo pasar a mirar a otros y a compararme con ellos: «Yo quiero ser más que lo que son éste o aquel otro». Pero probablemente compararse con los demás no conduce al equilibrio interior: ¿es este mismo deseo de compararse lo que crea malestar en el joven de nuestro cuento y lo conduce a desafiar al gurú!

Ciertamente: me puedo sentir temporalmente bien comparándome con alguien que es más bajo y más feo que yo; pero antes o después acabaré queriendo compararme a la vez con uno que es más alto; con otro que es más delgado, y con un tercero que es más atractivo que yo. Y puedo acabar estresado porque he terminado comparándome (¡por debajo!) con un tipo ideal que tiene las mejores características parciales de diversos tipos de carne y huesos como yo.

Un camino alternativo que genera menos angustia es aceptar el propio cuerpo y la propia mente; aceptar la propia historia y aceptar también las otras circunstancias de la vida que me influyen pero no dependen de mí. Según el filósofo Oriol Pujol: «Aceptar no implica estar de acuerdo. Tampoco quiere decir resignarse o ser tolerante... Aceptar es comprender que las cosas no siempre suceden como a nosotros nos gustaría. En vez de pretender que la realidad se

adapte a nuestras rígidas expectativas, hemos de aprender a vivir conscientemente, dándonos cuenta de que la sabiduría consiste en fluir flexiblemente, adaptándonos y sacando lo positivo de cada situación... no cambiarás cuando cambien tus circunstancias, sino que éstas cambiarán cuando cambies tú»¹⁷.

Pujol nos invita a recorrer el camino estrecho de la aceptación que corre entre la rebelión y la resignación. Aceptarme quiere decir conocerme, cuidar de mi mismo... y buscar pacientemente las múltiples iniciativas (cambio de las circunstancias) para ser feliz que tengo precisamente con este cuerpo y con esta mente que me han tocado.

En este sentido, impresiona el testimonio de aceptación de un minusválido de Nueva York que escribió la siguiente oración: «Yo había pedido a Dios fuerza para triunfar; / Él me ha hecho débil para que aprenda el gusto por las pequeñas cosas. / Yo le había pedido la salud para hacer grandes cosas; / Él me ha dado la enfermedad para que haga cosas mejores. // Yo le había pedido la riqueza para ser feliz; / Él me ha dado la pobreza para que sea sensato. / Yo le había pedido el poder para que los hombres contasen conmigo; / Él me ha dado la debilidad para que yo necesite tan sólo a Dios. // Yo le había pedido un compañero para no tener que vivir solo; / Él me ha dado un corazón capaz de

querer amar a todos los hermanos. / Yo le había pedido de todo para disfrutar de la vida; / Él me ha dado la vida para que disfrute de todo. / Yo no he recibido nada de lo que había pedido; / pero tengo todo lo que podía esperar. // Porque, aunque diga lo contrario, / Dios me ha escuchado y soy el más feliz de los hombres».

Quizás no lleguemos a sentirnos «los más felices de los hombres», porque las limitaciones físicas comportan inevitablemente dolor; pero podemos llegar a aceptar los propios límites y proyectarnos –junto a ellos pero libremente– para construir la propia felicidad.

Adelante. En este apartado hemos examinado la compleja constitución de la persona humana (cuerpo-espíritu) y hemos situado la aceptación como actitud razonable de la libertad ante dicha constitución. Ahora estamos en condiciones de profundizar en la constitución de la fuerza (la intencionalidad) que mueve nuestro espíritu (nuestra conciencia). Una fuerza que podemos descubrir e invocar para dirigir nuestra actividad. Esta fuerza, que Rilke denomina “necesidad” o “impulso”, será examinada en el próximo apartado bajo el concepto de deseo.

En efecto, el gurú ha dicho al joven: «El pájaro está como tú *desees* que esté».

«Busca en tu interior. El pájaro está como tú desees que esté» –dice el gurú al joven.

Cuando el joven entre en su interior, ¿qué se encontrará? En el capítulo 2, Rilke hablaba de un impulso. En el apartado anterior presentábamos la actividad del espíritu (la intencionalidad) que consiste en conferir significado a las cosas y actuar. Ahora nos acercamos a esta intencionalidad a partir del concepto de deseo. El deseo nos ayudará a comprender mejor la libertad de nuestro joven. En efecto, si este deseo que habita en nuestro interior es un imperativo, un impulso que se nos impone, entonces no somos libres; si es, en cambio, una pregunta, un impulso que se nos ofrece, entonces sí que somos libres porque podemos responder de maneras diferentes.

2.1. Deseo y necesidades

Nunca estamos en casa,
siempre estamos más allá.

MONTAIGNE

Según Emmanuel Lévinas, el deseo contrasta con las necesidades¹⁸. Las necesidades son las carencias que tiene la persona en su dimensión corporal: el hambre, la sed, el sueño, el frío... Las necesidades son limitadas, porque participan de la limitación del cuerpo: el hambre nos pasa cuando hemos comido una cierta cantidad de alimentos; la sed se acaba cuando hemos bebido lo suficiente; el sueño pasa durmiendo suficientes horas; el frío pasa cuando me

pongo suficiente ropa, la desprotección pasa cuando tengo una casa suficientemente sólida, etc.

En cambio el deseo, según Emmanuel Lévinas, se caracteriza precisamente por el hecho de que no se satisface nunca. Porque es una fuerza que empuja a la persona continuamente a soñar otra vida y la empuja a caminar hacia esta otra vida verdadera (vida anhelada, vida deseada) que está ausente del mundo¹⁹. El deseo es aquella fuerza que en expresión de Montaigne hace que «nunca estemos en casa», que estemos «siempre más allá». El deseo es infinito. Es como una sed que nunca se sacia.

En efecto: si “buscamos en nuestro interior”, podemos constatar que cuando hemos alcanzado una meta, siempre se nos plantea otra más allá. Si hemos sufrido y disfrutado subiendo una montaña de dos mil metros, seguro que se despertará en nosotros el deseo de subir otra más alta. Si hemos alcanzado un determinado lugar de responsabilidad en una empresa o en el mundo de la política, seguro que desearemos cambiar, “subir”... por mucho que nos hayamos prometido mil veces que aquel lugar de responsabilidad era nuestra meta definitiva.

Esta infinitud del deseo queda reflejada por los poetas en base a diversas metáforas. Por ejemplo, Joan Maragall, en *La oda infinita*, compara la vida con una oda que le es inspirada por una «fuerza que se escapa» y que nunca se

detiene: «Tengo empezada una oda / que no consigo acabar: / noche y día me la dicta / todo cuanto el viento canta, / cuanto en el espacio brilla. / (...) / Ya no sé cómo empezaba / ni sé cómo acabará: / porque tengo el alma esclava / de una fuerza que se escapa / dictándome sin parar»²⁰. Esta «fuerza que se escapa» es lo que llamamos aquí el deseo.

En este sentido, queremos pensar que, en nuestro cuento, el gurú conoce la dinámica infinita del deseo que habita en el espíritu del joven. Por este motivo le responde: «Busca en tu interior». El gurú sabe que si le dijese «El pájaro está muerto», entonces el joven, empujado por el deseo infinito, iría a medirse con otro gurú que considerase más importante, sin importarle poner en peligro la vida de otros pájaros. El gurú habría salvado la vida de un pájaro, pero no habría tocado la raíz del problema, que es el deseo –¡infinito!– del joven.

2.2. Deseo de otro deseo

Acabamos de afirmar que el deseo es infinito porque no se detiene en metas, porque desea infinitamente. Pero hay más: el deseo es infinito también porque desea infinitos, porque desea... deseos infinitos. La persona es deseo de otros deseos (infinitos): deseo de que otros la deseen. Deseo de ser amado, de ser reconocido.

Durante la infancia, es deseo de ser querido por la madre y por el padre; después deseo de ser querido por una pareja, por los amigos o por los hijos. Un breve verso expresa esta concreción del deseo a través de la imagen de oír que dicen mi nombre: «Dicen que un hom-

bre no es hombre, / hasta que no oye su nombre / de labios de una mujer, / puede ser».

Es bajo esta clave que se puede interpretar el relato bíblico en el cual el hombre empieza a dar nombres a todas las cosas y animales de la creación, pero esta actividad no lo deja en paz, y no lo saca de la soledad (Gn 2,20). Sólo es cuando la mujer aparece ante sus ojos que el hombre encuentra el gozo y la paz, y puede exclamar: «Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gn 2,23). Porque las cosas y los animales no lo pueden reconocer, no son «otros deseos», y él desea otro deseo. Desea un deseo que lo pueda reconocer, que lo pueda amar-desear.

2.3. Profundizar en el deseo

Una persona con coraje exterior se atreve a morir, una persona con coraje interior se atreve a vivir.

LAO TSÉ

La raíz del caso que estamos examinando –el joven, el gurú y el pájaro– es el deseo del joven. Porque el deseo anhela vidas diferentes, y así empuja a la persona a conductas diferentes. Si la vida que el joven anhela es aquella en la cual él es más que cualquier otro, entonces el joven estará dispuesto a aplastar pájaros. Si es, en cambio, una vida en la cual los pájaros vuelan libremente y las personas no se desafían, entonces estará a punto para liberar el pájaro y para dejar de compararse.

En efecto, el deseo infinito puede generar dinámicas –infinitas– de vida, o dinámicas –infinitas– de muerte. Y es que yo puedo: a) Desear tener una rela-

ción sana –respetuosa, abierta– con mi pareja; o bien desear convertirla en un objeto de mi placer o de mi voluntad de dominio; *b*) desear la justicia y la fraternidad; o bien desear someter a los demás; *c*) desear la solidaridad; o bien desear desafiar a los demás para mostrar que yo soy superior; *d*) desear transmitir vida; o bien desear eliminarla; *e*) desear liberar pájaros o desear aplastarlos.

Estas son las alternativas fundamentales, estas son las preguntas que caracterizan, a nuestro entender, el deseo humano. Estas son las alternativas que nos tenemos que contestar, las que dan contenido a la libertad humana.

Y en este sentido, la cita de Lao Tsé que encabeza este apartado apunta que los primeros elementos de cada alternativa tienen más profundidad que los segundos elementos: la interioridad («Busca en tu interior», dice el gurú) apunta a la vida; la exterioridad apunta a la muerte.

2.4. ¿Imperativo o pregunta?

Estamos condenados a ser libres.
J.P. SARTRE

Al principio de este apartado afirmábamos que aquello que el joven se encontraría al “buscar en su interior” es una realidad que Lévinas llama deseo. Y hemos querido investigar la naturaleza de este deseo para ver si se trataba de un imperativo o de una pregunta. En el primer caso, no seríamos libres; en el segundo, seríamos libres porque esta pregunta se puede elaborar, reflexionar, modelar... y finalmente responder de maneras diferentes.

Examinando el deseo humano, lo hemos mostrado como una fuerza interior que nos conduce a desear vidas ausentes y a caminar hacia estas vidas anheladas. Hemos afirmado que no nos podemos desembarazar de esta dinámica de anhelar, de preguntarnos, de desear; en este sentido, el deseo nos remite a un imperativo. Pero hemos visto también que los anhelos, los deseos y las preguntas no van en una única dirección: porque soñamos vidas diferentes, entre las cuales hay que elegir. Por lo tanto, el deseo no marca la dirección o la respuesta a las preguntas que nos hacemos: sólo nos impide dejar de preguntarnos, dejar de soñar. El deseo es el imperativo de preguntarnos.

En este sentido, *la forma de la libertad* es un impulso infinito que nos conduce a preguntarnos siempre más, a desear siempre más, a llegar siempre a encrucijadas en las cuales tendremos que decidir. Es probablemente en este sentido que se puede interpretar la paradoja de la frase de Sartre, según la cual estamos condenados a ser libres.

Y el contenido de la libertad tiene que ver con el contenido de las preguntas que tenemos el imperativo de hacernos. Dicho contenido versa, en su raíz, sobre opciones a favor o en contra de la vida: a favor o en contra de la liberación de pájaros enjaulados. Pero esta pregunta no se responde teóricamente. Se responde mediante la acción, la decisión. Es lo que trataremos en el apartado sobre «Libertad y decisión». Sin embargo, antes queremos apuntar una realidad vinculada con la idea de deseo –la divinidad– que trataremos más adelante.

2.5. Deseo y Divinidad

El hombre es una pasión inútil.
J.P. SARTRE

Se dice: Él no puede ser encontrado.
¡Cualquier cosa que no puede ser
encontrada es lo que deseo!
RUMI, MÍSTICO MUSULMÁN

Tal y como hemos visto más arriba, el deseo desea infinitamente: no para de desear. Y desea otros deseos infinitos: desea infinitos. Pero también es un hecho que el deseo tiene deseos que quedan frustrados por la limitación humana y por la muerte. Deseamos liberar pájaros, pero de vez en cuando no podemos evitar aplastar alguno. Deseamos tratar a los demás como personas con dignidad, pero de vez en cuando los manipulamos como si fueran objetos. Deseamos que se haga justicia a las personas que mueren víctimas de la injusticia, pero no se hace. Deseamos que las personas a las que queremos y mueren sigan viviendo y sigan queriéndonos, pero mueren. O deseamos seguir viviendo, pero de hecho morimos.

Es un hecho que deseamos desear infinitamente y ser deseados infinitamente; pero –aparentemente– todo queda frustrado por nuestros límites y por la muerte.

Así pues, esta infinitud del deseo es una característica trágica. Ante este deseo infinito hay dos posibilidades:

a) Quizás es un deseo que sólo vive en la persona, que encierra a la persona en sí misma y en sus contradicciones interiores; y que morirá con ella. Situándose en este supuesto, Sartre afirma que «el hombre es una pasión inútil». Nosotros podemos adaptarlo diciendo: «la persona es un deseo inútil». Inútil porque desea liberar pero también aplasta. Inútil porque desea seguir deseando, pero la muerte trunca este deseo.

b) Quizás hay un Deseo Infinito que está más allá de la persona: que «no puede ser encontrado», en expresión de Rumi. Quizás es este Deseo Infinito quien está en el origen de la persona y de su deseo infinito; quien la desea, la reconoce y la quiere, ayudándola así a ampliar sus límites; quien la espolea a aceptarse y a vencer las resistencias para liberar pájaros; quien finalmente sostiene las vidas y los deseos de las personas después de la muerte.

Pero aquí sólo apuntamos esta alternativa, que desarrollaremos más adelante. En el próximo apartado tenemos que profundizar en la respuesta al deseo: en la acción humana, la decisión.

4. LA PROYECCIÓN DE LA LIBERTAD: DECISIÓN Y DIVINIDAD

El deseo proyecta a la persona más allá de sí misma. Este más allá se concreta en decisiones y acciones; y además postula, desea, la existencia de un Ser que, en diálogo con la libertad, la vaya haciendo crecer hacia una plenitud que ella misma no parece conseguir del todo.

1. ¿LIBERAR O APLASTAR EL PÁJARO? LIBERTAD Y DECISIÓN

1.1. ¡Hay que decidir!... ¿Seguro?

Los lugares más calientes del infierno están reservados para aquellos quienes, en un período de crisis moral, mantienen la neutralidad.

DANTE ALIGHIERI

¿Hacia dónde dirigirá finalmente el joven su deseo? ¿A aplastar el pájaro o a liberarlo? El gurú lo invita a buscar en su interior, porque confía que descubriendo una libertad que no desafía podrá escuchar el clamor de libertad del pájaro que pía entre sus manos. Y podrá escuchar también los clamores de tantos otros pájaros y de tantas otras personas que desean libertad.

En este apartado nos aproximamos a la libertad humana en tanto que se debate entre aplastar y liberar al pájaro.

Una de las grandezas del cuento que estamos interpretando recae en la situación que describe: hay un gurú y un joven desafiante con un pájaro entre las manos. En esta situación, el joven no puede no decidir: algo tendrá que hacer con el pájaro, ¿no?

En efecto, podemos pensar que una opción de la libertad es no decidir. Pero, puestos en situación, constatamos que no decidir es dejar que el pájaro muera de hambre en nuestras manos. Se trata

de una manera más sutil y menos violenta de matarlo que si decidiéramos aplastarlo.

Por otro lado, sólo que abramos los oídos, escucharemos el piar del pájaro y descubriremos que su vida está en nuestras manos. Y resulta que sólo nosotros podemos liberarlo, porque son *nuestras manos*. ¡Hay que decidir!...

¿Seguro? Quizás las cosas no están tan claras. De hecho, hay ruidos –interiores o exteriores– que nos impiden escuchar el clamor de los pájaros y de las personas que sufren. Y quizás acaba resultando menos doloroso taparse las orejas o girar la cabeza, tal y como constata dolorosamente Bob Dylan: «¿Cuántas veces querrá un hombre volver su cabeza / y fingir que simplemente no ve? (...) / La respuesta, amigo mío, está flotando en el viento / La respuesta está flotando en el viento».

1.2. ¿Por qué liberar al pájaro?

La libertad es una prisión mientras haya un solo hombre esclavizado en la Tierra.

ALBERT CAMUS

Quizás sí hay que decidir. Pero entonces, ¿por qué liberar al pájaro y no aplastarlo? ¿Qué (o quién) puede hacer que pese más en el joven el deseo de liberarlo que el deseo de desafiar y aplastar? ¿Qué (o quién) puede inclinar al joven a priorizar el clamor del pájaro por delante de otras voces que le llevan a volver la cabeza? ¿Qué (o quién) puede conducir al joven a descubrir que su libertad es una prisión hasta que no se acaben los esclavos en la Tierra?

a) *Inspiraciones*

Quizás las razones no son suficientemente fuertes para inclinarlo. Quizás los “qués” o los “por qué” son demasiado débiles. En efecto: el espíritu humano, tal y como vimos más arriba, es invisible, imprevisible y movilizador, com el viento. Y, como el viento, atiende poco a razones.

Tal vez atiende más a “quiénes”, a personas que inspiran. Etimológicamente, inspirar quiere decir recibir espíritu. Así pues, si el espíritu de nuestro joven recibe el espíritu de personas libres que viven liberando, entonces probablemente se inclinará por liberar pájaros. A veces, la inspiración viene de una persona que sufre y clama por su propia libertad; otras veces viene de alguien que ha apostado por la liberación de los oprimidos y transmite una extraña paz²¹.

En todo caso, dedicarse a liberar no es gratis. Se acostumbra a pagar un precio: la violencia de los opresores o el menosprecio de quienes han vuelto la cabeza y no han decidido vivir liberando. Y por este motivo el joven no lo tiene tan fácil para apuntarse a liberar.

De todos modos, paradójicamente sucede que los que no han optado por liberar pájaros se convierten en inspiradores –por rechazo– de nuestras decisiones. Miremos si no qué nos inspira esta persona de casi 40 años que ha ignorado su libertad de joven pero no ha logrado librarse de ella (¡el deseo infinito y pertinaz!). Y en plena crisis de los 40, la libertad y la búsqueda de sentido le vuelven a brotar con fuerza:

«No me hice mayor deseando ser abogado. Pero he acabado siendo abogado porque tenía buenas notas y me atraía un buen sueldo. Por este motivo pasé 6 años, algunos de ellos excelentes, otros menos excelentes, escribiendo informes y negociando acuerdos sin sentido con una serie de almas en pena como yo. Cuando empezaba la década de los 30 años, lo dejé todo y viajé por el mundo durante 2 años; pero después tuve que regresar a trabajos relacionados con el derecho para pagar la hipoteca. Ahora estoy al final de la década de los 30 y deseo desesperadamente hacer algo con sentido. Pero tengo obligaciones y he adquirido un cierto nivel de vida. Y me falta el coraje para cambiar completamente, incluso cuando sé que podría ser mucho más feliz viviendo otra vida... ¿pero cómo lograrla? ¿Y dónde demonios se encuentra? Estoy seguro de que no soy el único que desea vivir cada momento como si tuviese significado»²².

b) Decisión razonable

De todos modos la decisión de liberar –vital, sin motivos e inspirada– es probablemente también razonable. Es decir: si, enfrentado con la decisión, el joven reflexiona sobre su pasado, puede descubrir que su vida le ha sido dada: por unos padres que decidieron dársela; y por una sociedad que lo ha integrado en su seno; lo ha equipado –mal que bien– con valores para moverse... e incluso ha colocado a su alcance a gurús o a testimonios que lo invitan a la libertad. Quizás mirando hacia atrás descubre que aquello que lo constituye lo ha recibido: que él es, en buena medida,

gracias a los demás. Esta consciencia de mí mismo, que es a la vez consciencia de que soy gracias a los demás, puede desencadenar la rebelión y el desafío de los que hablábamos en el apartado segundo. Pero también puede convertir en razonable la decisión de dar la vida: de dedicarse a liberar pájaros.

En alemán hay un dicho que resume este doble movimiento: «*Jede Gabe ist eine Aufgabe*», es decir, «Cada don (cada regalo) es una tarea». En alemán, la tarea (*die Aufgabe*) es un don (*die Gabe*) que se proyecta (*Auf*).

En síntesis: la vida, la libertad, es un don que apunta a una tarea.

c) Una forma de liberar pájaros

Si nos decidimos a liberar pájaros, ¡atención! ¡Porque el horizonte infinito del deseo humano nos conducirá a desear liberar todos los pájaros! Pero, si no puedo liberarles a todos, ¿qué pájaros tengo que liberar? En otras palabras: ¿qué forma de servicio es la mía?

En esta tarea de descubrir la propia forma de liberar pájaros, hay diversos planteamientos filosóficos o espirituales que pueden orientar a la persona. Y hay diversos tipos de “gurú” que pueden ayudarla. Nosotros sólo queremos hacer notar aquí que, en este camino de descubrimiento, una condición razonable es aceptar el propio cuerpo y la propia historia personal. La aceptación –en el sentido que le daba Oriol Pujol en el capítulo tres– es muy aconsejable. En concreto: si no gozo de buena salud, mejor que no piense en liberar pájaros en el corazón de la selva africana; si no estoy dotado para los estudios, mejor que

no piense en liberar pájaros como investigador; si la gente me dice que soy buen organizador, quizás es mejor que intente ser gestor de organizaciones; si tengo paciencia acompañando enfermos, quizás debería ejercer enfermería o medicina; si conecto con los niños, quizás debería buscar trabajos de profesor.

Indiquemos finalmente que la pregunta sobre la forma de liberar pájaros (la pregunta por la vocación, en cierto lenguaje religioso) no se responde de una vez y por todas: por mucho que esta respuesta, en un determinado momento del tiempo, haya sido fruto de un largo proceso interior y de diálogo. En efecto: sin excluir fidelidades en lo que es fundamental, las formas concretas de

compromiso probablemente tienen que renovarse a medida que cambian las situaciones. En este sentido, la verdadera tarea de la libertad es ir encontrando, en cada momento de la vida, mi forma concreta de liberar pájaros.

Acabamos de cerrar un recorrido de la libertad humana: separarme de las personas que pueden imponerme la dirección de la vida; buscar en mi interior; aceptar mis límites físicos y psicológicos como condiciones de posibilidad de decidir; y decidir emprender acciones a partir del impulso o la fuerza –del deseo– que me habita. Pero al final hemos dejado un cabo sin atar: la cuestión de la divinidad. En el próximo apartado recuperaremos este cabo... para ver hacia dónde nos conduce.

2. MÁS ALLÁ DE LA LIBERTAD. LIBERTAD Y DIVINIDAD

2.1. Religiones: moral y control social

En la India los gurús son personas que han penetrado el significado de la religión, y de alguna manera se vinculan con la Divinidad. En la misma línea, hemos apuntado que el deseo humano infinito desea superar sus límites y no morir; y que ciertas concepciones de la Divinidad –Deseo Infinito– la comprenden como Alguien que ayuda a superar los límites y sostiene la vida después de la muerte. Ahora nos preguntamos, pues,

por la posible realidad de esta figura y su influencia en la libertad de la persona. Lo hacemos desde dos puntos de partida: las religiones institucionales y ciertas experiencias espirituales a las que estas religiones invitan.

El cuento del joven, el gurú y el pájaro se sitúa en la India, en una sociedad muy marcada por la religión hindú. En este sentido, creemos oportuno indicar que todas las religiones tienen una dimensión práctica que a menudo se traduce en normas morales: «Haz esto»,

«No hagas esto otro», dicen a sus seguidores.

Y entonces, si nos permitimos relajar la naturaleza del pájaro y sustituir al gurú por los representantes institucionales de diversas religiones, podemos imaginar unas cuantas respuestas “morales” al joven:

– En el judaísmo y en el islam, si en vez del pájaro hubiera un cerdo, el representante religioso oficial (un rabino o un imán) contestaría: «No te lo comas: es un animal impuro».

– En el hinduismo, si en vez del pájaro fuese una vaca, el representante religioso oficial (probablemente un sacerdote) contestaría: «No lo molestes, es un animal sagrado».

– En el cristianismo tradicional, un sacerdote cumplidor respondería: «Si hoy es un viernes de Cuaresma, no te lo comas, porque tenemos que abstenernos de comer carne».

De hecho, constatamos que ciertas normas religiosas tienen consecuencias éticas más serias.

Por ejemplo, si en vez del pájaro fuera una mujer descubierta en adulterio, ciertas autoridades responderían: «Apedreadla». O si hubiera un infiel o un hereje, la respuesta podría ser: «Encarceladlo» o bien «Ejecutadlo». Y es que, en los términos que usábamos en el capítulo 2, las religiones también son sistemas de control social que pueden llegar a aconsejar aplastar al pájaro, en vez de liberarlo.

De hecho, estas nefastas prescripciones están en la base de diversos humanismos ateos o agnósticos²³.

2.2. Invitaciones a la experiencia espiritual

Pero en un nivel más profundo que el de las prescripciones morales y los mecanismos de control social que las acompañan, todas las religiones –y también ciertas ideologías– invitan a las personas a entrar dentro de sí mismas y a conectar con una realidad profunda en diálogo con la cual el espíritu y el deseo humanos se transforman. A esta realidad profunda –a la cual las ciencias no pueden acceder porque se refieren a otros niveles de realidad– algunas religiones y filosofías la denominan “Dios”. Y es que las religiones son, en su nivel más auténtico, invitaciones a la experiencia espiritual.

Notamos que en esta invitación las religiones coinciden con la dinámica del deseo humano, tal y como la narrábamos en el capítulo 3. Decíamos allí que el Deseo Infinito es finalmente deseo de relación con un deseo que nos desee (nos reconozca, nos quiera), sacándonos de la soledad y de la limitación, y que acoja nuestro deseo después de la muerte... dado que todos nosotros deseamos no dejar de desear. Decíamos entonces que la existencia de este deseo era tan sólo una de dos posibilidades. La otra posibilidad era que se tratara sólo del propio deseo de ser deseados.

Pero entonces, tanto las religiones como la dinámica del deseo humano apuntan en la misma dirección: invitan al deseo humano a “hacer experiencia” –¡ni que sea hipotética!– de la relación con este deseo. Invitan a la experiencia espiritual. Siguiendo esta dirección o invitación, en los próximos apartados describiremos tres experiencias espirituales

que remiten a la divinidad. La primera relaciona la vida humana con el sufrimiento, y abre a la persona a la acción tenaz para aplacar este sufrimiento, apoyándose en una luz y en un espíritu balsámico que la persona tiene que acoger (apartado 2.3). La segunda experiencia espiritual conecta la dinámica del deseo con la oración como diálogo interior e integral de la persona con Dios (apartado 2.4). La tercera experiencia espiritual se refiere a la Divinidad como fuente de libertad y de crecimiento personal (apartado 2.5).

2.3. Sufrimiento, oscuridad y liberación

Los gurús son personas vinculadas a la religión hindú, pero no tienen un papel institucional –como sí tienen los sacerdotes– en la estructura organizativa de esta religión.

“Gurú” en hindi quiere decir: aquel que disipa (ru) la oscuridad (gu). De hecho, podemos percibir que las vidas de ciertas personas disipan la oscuridad que imponen el dolor y el sufrimiento. Jeannette y Anne Petrie han percibido esta virtud en la vida de la Madre Teresa de Calcuta, y por este motivo inician un reportaje biográfico con estas palabras: «Hay una luz en el mundo, / un espíritu balsámico / más fuerte que cualquier oscuridad con la que nos podamos topa. / A veces dejamos de ver esta fuerza / cuando hay demasiado sufrimiento, / cuando hay demasiado dolor. / Pero de repente este espíritu resurge / en la vida de personas normales / que escuchan su llamada / y responden de manera extraordinaria».

Estas palabras contraponen el sufrimiento y el dolor con una luz y un espíritu balsámico. El sufrimiento y el dolor se hacen presentes en el mundo puesto que habitan el espíritu humano. Pero la reacción al sufrimiento y el dolor puede ser conformada por la luz y el espíritu balsámico. Las personas podemos hacer brillar esta luz, aplicar este espíritu balsámico a los sufrimientos y al dolor. Y según Jeannette y Anne Petrie, no hay que ser personas extraordinarias para hacer esto: también las personas «normales» pueden «escuchar su llamada» y responder... de una manera que al final puede ser juzgada como extraordinaria.

Resuenan aquí temas que han salido a lo largo de este escrito: «Busca en tu interior», «...construya su vida según esta necesidad: su vida, entrando hasta su hora más indiferente y pequeña, tiene que ser un signo y un testimonio de este impulso»; «Una persona con coraje exterior se atreve a morir; una persona con coraje interior se atreve a vivir». Efectivamente, creemos que el espíritu balsámico es más fuerte que el dolor y el sufrimiento. Pero para que se manifieste esta fuerza superior, se requieren personas que usen su libertad. Es decir, personas normales que entren en su interior, se dejen curar las propias heridas internas por este espíritu y respondan dedicándose a curar los sufrimientos de la humanidad: a liberar pájaros.

Notemos que la luz, la fuerza y el espíritu balsámico del cual hablan las autoras de estas palabras eran nombres del Dios de Jesús para la Madre Teresa de Calcuta²⁴. De hecho, la palabra indoeuropea que deriva en el griego “*Theós*” y

el latín “*Deus*” significa luz. Y así como la luz no destroza aquello que toca sino que resalta sus cualidades, así podemos afirmar que el Dios-luz no destroza la libertad humana sino que la potencia, le da relieve, la conduce a su plenitud²⁵.

En cualquier caso, creemos que toda persona –creyente o no creyente– es testimonio de la luz en tanto que lucha tenazmente y esperanzadamente contra el sufrimiento y el dolor del mundo (1 Jo 4, 7-8).

2.4. Diálogo interior y oración

Converso con el hombre que siempre
va conmigo / quien habla solo,
espera hablar a Dios un día.

ANTONIO MACHADO

Presentamos ahora la segunda experiencia espiritual a la que invitan tanto las religiones como la dinámica del deseo humano. Y empezamos recordando que en el apartado quinto afirmábamos que el deseo es la fuerza que relaciona mi situación en el mundo con una vida anhelada que está más allá de esta situación. En este sentido, el deseo va y viene entre la situación y la vida verdadera. En este ir y venir hace uso de la palabra. En efecto, la persona es capaz de hablar consigo misma, moviéndose de un extremo al otro de su deseo. En este diálogo interior se sitúa a la vez como emisor y como receptor de sus palabras, y el movimiento mediado por las palabras le permite a la vez hacer más comprensible la vida verdadera y acercar su situación a esta vida verdadera.

¿Con quién habla la persona en el diálogo interior? Quizás consigo misma: con su deseo, en un movimiento in-

finito como el propio deseo. Pero quizás con fuera de sí misma: con otro Deseo que a la vez está más allá y en contacto consigo misma, que es la Vida Verdadera y la atrae a desearla. Este Deseo es lo que algunos denominamos Dios, según la cita de Antonio Machado.

Entonces la relación con Dios se puede constituir en un intercambio siempre nuevo denominado oración. Intercambio hecho de silencios y palabras; de limitaciones corporales aceptadas y superadas; de deseos cumplidos y frustrados; de gozos por haber liberado pájaros y penas por haberlos aplastado; de trabajo por descubrir y renovar mi forma de liberar pájaros; de amor sin palabras entre el deseo y el Deseo; de oscuridades y noches que aun así no detienen a la persona en su camino y su búsqueda... Hay personas que en la práctica de esta relación afirman que ganan libertad, serenidad y capacidad de compromiso en la liberación de los demás. Así pues, tal vez la libertad humana y Dios no son incompatibles.

2.5. Diálogo interior y crecimiento personal

Cada uno será grande a su manera, y según
la naturaleza del objeto que habrá amado.

SOREN KIERKEGAARD

Tal vez Dios y la libertad humana no son incompatibles. Tal vez, incluso, Dios puede resultar inspirador de decisiones liberadoras y fuente infinita de crecimiento de la persona: análogamente a como afirmábamos en el capítulo 4 al hablar de personas que inspiran nuestras decisiones.

Efectivamente, en el diálogo con Dios, la persona se hace capaz de mirarse “desde fuera de sí misma”, porque es mirada –reconocida, amada, deseada– por Alguien que la acepta con gozo. Me puedo aceptar con gozo porque soy aceptado con gozo: con mi historia hecha de educación y socialización concretas, de padre y madre y sociedades concretas, de cuerpo y espíritu bien determinados. Y esta aceptación puede proyectarme en una dinámica de crecimiento hecha de apuestas más libres y más amplias por la vida de los pájaros, por la vida del mundo.

En esta apuesta, la persona es empujada –o atraída, o acompañada– a recorrer un camino desconocido que tal vez la llevará lejos de sus deseos o proyectos juveniles. Un camino que la acercará a personas y situaciones que de joven jamás habría podido imaginar. A lo largo de este camino los acontecimientos y las circunstancias son aceptados como dones y oportunidades –alegres o tristes, da lo mismo– para crecer inte-

riormente en libertad y crecer en la apuesta infinita por la vida. Dones y oportunidades para «hacerse grande a su manera», y según la naturaleza (o la grandeza) de las personas y del deseo que estará amando, en paráfrasis de Kierkegaard.

Aun así, algunos caminantes no viven este camino ilimitado desde una relación con la Divinidad. Si el deseo infinito está más allá del espíritu, o coincide con la proyección infinita del deseo de la persona, es una cuestión a la que no podemos responder teóricamente. En otros términos: si en el diálogo interior de la conciencia yo hablo conmigo mismo o hablo con Otro, es un dilema que permanece abierto.

Pero este debate no nos debería enemistar, a quienes –por razones diferentes– nos encontramos en el camino. En este camino podemos unirnos en un único deseo: el de inspirarnos mutuamente para crecer en libertad y proyectarnos en una apuesta infinita para la liberación del mundo.

5. CONCLUSIÓN

Acabamos nuestra aproximación a la realidad y al complejo concepto de la libertad. Decíamos al principio que la libertad es como un elefante: difícil de definir pero fácil de reconocer. Y que nos aproximáramos a ella interpretando un cuento a partir de las ciencias humanas.

5.1. Final abierto. Invitación a la libertad

Hasta que no sepamos qué hacer, en realidad aún no hemos comprendido.

LUDWIG WITTGENSTEIN

Es el momento de notar que nuestro cuento acaba sin acabarse. No sabemos si el joven aplastará al pájaro o lo dejará libre. Final abierto que pide de cada oyente que prosiga el cuento en su propia vida. Así pues, este cuento es una invitación a la libertad de quienes lo leemos, lo escuchamos o reflexionamos sobre él.

Invitación a la reflexión y a la acción: porque todos tenemos pájaros entre las manos, y porque –interpretando la cita de Wittgenstein– sólo comprenderemos de verdad la libertad si decidimos ejercerla en decisiones concretas. Invitación a un camino –siempre a reiniciar– que se puede resumir en cinco

etapas: *a)* Separarnos de personas o fuerzas que, más o menos conscientemente, nos dictan qué tenemos que hacer. Separarnos de ellas de verdad: no desde el desafío, que es una separación sólo aparente; *b)* buscar en nuestro interior para ver qué desea nuestro corazón; *c)* aceptar nuestros condicionamientos físicos, psicológicos o de entorno como límites pero también como condiciones de posibilidad para decidir. ¡Sin compararnos con otros!; *d)* inspirarnos en (no copiando acciones de) personas que hacen actos libres; y, eventualmente, apoyándonos en el Dios-Deseo que dialoga con mi deseo (Salmo 139, 23)... para encontrar y desarrollar nuestra manera de liberar pájaros; *e)* y, en cualquier lugar donde haya pájaros prisioneros, seguir invitando a las personas a liberarlos (Lc 4, 16-19), convidando a cada uno a buscar en su interior y a preguntarse: ¿Y tú, cómo deseas que esté el pájaro?

5.2. Recapitulación

De noche iremos, de noche, que para encontrar la fuente sólo la sed nos alumbrá.

SAN JUAN DE LA CRUZ

Una palabra todavía. Basándonos en la interpretación del cuento a partir de las ciencias humanas podemos apuntar algunas luces que nos permiten aproximarnos al significado nuclear de la libertad, tal y como nos propone la cita de G. Lakoff que recordábamos en la introducción.

Las siguientes proposiciones recapitulan este significado nuclear.

– Las personas somos seres constituidos por un cuerpo y un espíritu: dos realidades diferentes pero íntimamente unidas. El espíritu es el hecho de la consciencia; la intencionalidad o el deseo son la acción de esta consciencia.

– Gracias a (y a pesar de) nuestros condicionamientos, tenemos la capacidad de “mirarnos desde fuera de nosotros mismos”, de cuestionar todo aquello que hemos recibido y nos ha condicionado.

– Este cuestionamiento puede tomar inicialmente una forma de rechazo de mí mismo y de desafío a la sociedad. El rechazo es una primera manifestación de la libertad (libertad negativa), pero puede evolucionar hacia la formulación y realización de un proyecto de vida (libertad afirmativa).

– El deseo infinito puede encaminar a la persona hacia una dinámica de comparación con otros que genera destrucción propia y de los demás; o la puede encaminar –si la persona busca en su in-

terior y se deja inspirar por personas de trayectoria libre– hacia una dinámica de liberación propia y de los demás.

– Esta dinámica de liberación convierte el rechazo de mí mismo y el desafío a los demás en aceptación y en colaboración. Aceptación de mis condicionamientos y de mi vida como don, y colaboración con otros en la tarea de liberar pájaros.

– El proceso anterior se lleva a cabo desde una consciencia que desea el reconocimiento y la aceptación de la Divinidad; pero cuya existencia no puede demostrar teóricamente.

– En este sentido, ciertas experiencias espirituales reclaman la pretensión del encuentro de la persona con Dios: la experiencia de la esperanza firme en el trabajo contra el sufrimiento; la experiencia de la oración como diálogo integral con Dios; y la experiencia del crecimiento personal («hacerse grande a su manera») en el camino compartido con Dios que nos libera y nos conduce a liberar.

– Finalmente, la razón científica nos mantiene en la ceguera. Como los ciegos ante el elefante del capítulo 1. Pero el deseo de libertad propia y de liberación de los demás nos puede redirigir hacia el camino; y nos puede conectar con Aquel que –desde nuestro interior como Espíritu; desde nuestro lado como Hermano, y desde el inicio y el principio del camino como Padre– impulsa e ilumina en este camino. Tal y como afirma san Juan de la Cruz: «De noche iremos, de noche, que para encontrar la fuente sólo la sed nos alumbrá».

1. X. MELLONI, *Los ciegos y el elefante*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, 2000, Cuaderno, 97.
2. Of hace tiempo este cuento narrado por Jaume Avellí i Bastons, un jesuíta catalán, sabio y sensato como el mejor gurú indio. He adaptado su versión oral en algún detalle.
3. G. LAKOFF, «Reclaim the meaning of 'freedom'» *International Herald Tribune*, 5-VII-2006.
4. Esta visión es compartida, por ejemplo, por Platón, quien se aproxima a la compleja realidad del conocimiento humano a partir de la interpretación racional del mito de la caverna.
- 5-9. P. BERGER, *Introducción a la sociología*, México, Limusa, 2002, pág. 141, 100, 101ss., 113, 136 y 137.
10. I. KANT, *Filosofía de la historia*, México, FCE, 1997, pág. 25ss.
11. R.M. RILKE, *Cartas a un joven poeta*, Madrid, Alianza, 1980, pág. 22-23.
12. D. MOLLÀ, *Cristianos en intemperie*. Barcelona, CiJ, 2006, pág. 12-13, EIDES, 47.
- 13-16. J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*, Santander, Sal Terrae, 1988, pág. 114ss, 134, 131, 120.
17. B. VILASECA, «Madurar consiste en dejar de creerse víctima de las circunstancias», *El País*, Negocios, 2-III-2008.
18. Los conceptos de necesidad (*die Notwendigkeit*), o de impulso (*der Drang*) en el texto de Rilke que reproducimos en el capítulo 2 corresponden, en el vocabulario de Lévinas, no a la necesidad sino al deseo.
19. J. F. MÀRIA, «E. Lévinas. Entre el deseo de pan y el Deseo de Dios», *Cuadernos "Institut de Teologia Fonamental"* (Sant Cugat del Vallès), 1997, pág. 14.
20. J. MARAGALL, *Antología poética*, Madrid, Alianza, 1985 (trad. de María Parés).
21. Seguramente es mediante la inspiración procedente de personas que dirigen la libertad en una dirección concreta que nos descubrimos libres y *al mismo tiempo* empujados en una determinada dirección del uso de nuestra libertad.
22. L. KELLAWAY. «Need carrier guidance? Directions to the lavatory? I can help» *Financial Times Europe*, 6-III-2006.
23. Para hacer honor a la verdad, ciertos totalitarismos del siglo XX que han causado muchas muertes no están conectados con las religiones tradicionales... aunque pretendían justificarse bajo una forma pseudoreligiosa.
24. Desde el planteamiento que hemos hecho hasta aquí, Jesús se puede entender como un gurú que ha reflejado la luz de Dios en una vida libre de los controles sociales de la época que *aplastaban la vida* de personas. Los cristianos creemos que Jesús reflejó con plena transparencia la luz de Dios, porque era él mismo la luz (Jn 1, 1-5). Creemos que Jesús, en su vida interior de diálogo con Dios, se dejaba habitar plenamente por un Espíritu, un Deseo infinito que lo fue guiando para cumplir, sin miedo al chantaje de la muerte, la voluntad de Dios: la liberación de todas las personas (Lc 4,16ss). Él también pidió que algunos buscaran en su interior antes de aplastar, no un pájaro, sino una mujer sorprendida en adulterio (Jn 8, 2-11). Después de su muerte, sus discípulos a lo largo de los siglos lo tenemos como Testimonio vivo que inspira y hace crecer nuestro deseo de «ser grandes a nuestra manera» liberando pájaros.
25. He oído alguna vez al amigo J.I. González Faus afirmar que «la fe no elimina los problemas [aquí hablamos de los sufrimientos y de los dolores] sino que los ilumina».